

Realidad vasca: miradas y resultados

BERNARDO ATXAGA

ESCRITOR

La mirada es parte decisiva a la hora de conocer lo que más tarde, con mayor o menor agresividad, bautizaremos con el nombre de Realidad. *Con mayor o menor agresividad*, repito, pues es así como se utiliza —contra alguien, como mazo o estaca—, esa palabra tan de una pieza, tan rotunda, tan aparentemente neutra; y puesto que es así como la entienden los adolescentes ariscos, y los locos que ahora mismo, comienzos del verano de 1991, veo pasear por los alrededores de una ciudad provinciana; y los empleados que en sus empresas se empeñan en no adoptar esa postura servil que tan poco se nota desde fuera y que tanto allana la cuesta hacia el puesto inmediatamente superior. *Hay que tener los pies en el suelo, aquí la Realidad es lo que vale*, así es como se habla a los inadaptados, y todos ellos comprenden muy bien que ese que levanta el dedo índice se refiere a un umbral, a un mínimo; a un listón por debajo del cual la vida no es posible. Aquel que no tenga la fuerza suficiente, aquel que no pueda saltar continuamente por encima del listón, está condenado; tan condenado como el perrillo que cae al agua y es arrastrado por la corriente; o tan condenado como ese anciano de noventa y dos años que —según dice el periódico que tengo sobre la mesa—, resultó atropellado cuando intentaba cruzar una autopista. Y sin embargo...

Y sin embargo —vuelvo a coger el hilo de la primera línea antes de que el texto se me vaya por los desolados cerros de Ubeda—, ese término tan rotundo de Realidad designa algo en cierto modo arbitrario, algo que depende de la mirada: entendida ésta no en su sentido habitual de diccionario, sino como una extensión de la cabeza que mira; una cabeza que guarda todos los episodios de nuestra vida personal, que conoce nuestros deseos y necesidades, que sabe en qué concretas circunstancias estamos; una cabeza que, con todos esos detalles y datos, crea una expectativa, una previsión, una red que luego, una vez lanzada —como se lanza una mirada— atraparé ciertos peces-realidad y dejará escapar otros. Es lo que escribió el geógrafo Martínez de Pisón: “No ven los ojos, ve la cabeza.”

Y dado que la cabeza, casi siempre, suele pertenecer al sujeto que la lleva sobre los hombros, hablar de redes o miradas viene a ser lo mismo que hablar

de subjetividad; de la importancia que en todo proceso cognoscitivo tiene el sujeto. Lo expresó Potocki con aquella fábula que figura en su famoso *Manuscrito*:

—«Según vosotros, ¿cuál es el más cruel de los animales?

—Sin duda, la oveja — respondieron los insectos que vivían entre la hierba acordándose de las muchas veces que habían sido atacados y engullidos por el ejército bovino.

—¿Y cuál es el mejor y más bondadoso de todos?

—Sin duda, el tigre —respondieron los insectos que vivían entre la hierba—. No sólo no nos ataca, sino que, aun no siendo de nuestra familia, toma venganza por nosotros persiguiendo a la oveja y matándola.»

Por lo tanto, así interpreto yo la fábula, no vale hablar de forma rotunda y autoritaria de la Realidad, de lo que realmente sucede y de lo que realmente son las cosas, sino que se debe hablar de Versiones de esa Realidad. Nadie puede pedir a los insectos de la hierba que piensen y sientan de la misma manera que los otros animales. O lo que viene a ser lo mismo, que un anciano que mira desde su vejez o un tornero que mira desde su taller vean lo mismo que el jovencuelo que acaba de pasar por mi calle en su Honda CBR 1.000. Pero, cuidado, tampoco se debe exagerar, tampoco se deben forzar los términos y defender que —por ser tan importantes el sujeto y su mirada— todas las versiones de la Realidad son lícitas e igualmente válidas. Y no se puede defender este extremo relativismo debido a que, como decía Auden en otro contexto, el mundo puede admitir lecturas diferentes, sí, pero un número limitado de ellas, sólo un número limitado. Habrá gente que, como los lectores que leen a saltos o comienzan el libro por la última página, se empeñe en entenderlo todo al revés, pero la idea que se haga del mundo o de la Realidad será tan falsa como la que del libro pudiera hacerse el hipotético lector cangrejo.

Que la calidad de las versiones difiere mucho, eso lo podemos comprobar en muchos campos. En la prensa, por ejemplo, comparando los 10 ó 12 periódicos que se leen en el País Vasco, o mirando en los libros de la historia de la ciencia donde, entre otros casos parecidos, se cuenta el de la nova del siglo XIII, *el caso de la estrella que nació sola*, o mejor dicho, que hubiera nacido sola, sin testigo que recogieran sus destellos y sus explosiones, de haber sido todos los astrónomos de aquella época de la misma escuela que los italianos y los alemanes, es decir, de la escuela aristotélica que negaba toda posibilidad de transformación o movimiento en la esfera estelar; pues esta teoría creaba una mirada, una previsión que impedía la visión de un hecho como el citado. Pero, aunque así fue como sucedió —la nova del siglo XIII no figura en los anales astronómicos occidentales—, la estrella, vuelvo a decirlo,

no nació sola, ya que los astrónomos chinos, persas y aztecas —libres de la previsión aristotélica—, sí la vieron, sí dieron fe de las explosiones y destellos que tuvieron lugar en aquel cielo del siglo XIII.

De todas formas, y aunque no me haya resistido a la tentación de contar el caso, no son los libros de historia ni los variados periódicos de mi país los que ahora ocupan mi mesa de trabajo, sino tres textos que acabo de rescatar de las estanterías; textos que no tienen en común sino su referencia, parcial o completa, a la realidad del País Vasco, y que —citados según el orden en que van a ser comentados—, son los siguientes: el *Viaje a España*, de Teófilo Gautier; los *Cuentos*, de Pío Baroja y la *Vida de Pedro el Molinero —Pello Errotaren Bizitza—*, de Micaela Elicegui. Son tres libros, tres miradas, tres versiones de una Realidad que creo conocer bien, pues es justamente la mía. La pregunta es: ¿cómo son esas versiones y qué se desprende de ellas? Vamos a verlo ahora mismo. Comenzaré con el primero de los libros, el *Viaje a España*, de Teófilo Gautier.

Tal como humorísticamente cuenta él mismo en el primer párrafo de su narración, Gautier viajó a España casi sin habérselo propuesto y debido a una especie de malentendido: por haberse sentido obligado a ello por amigos y conocidos suyos que, olvidándose de la forma hipotética que él había utilizado al expresar su deseo —“¡De buena gana me iría a España!”—, se asombraban de verlo por las calles de París.

“Le creía a usted en Madrid —decía uno—. ¿Ha vuelto usted ya? —preguntaba otro—. Entonces me di cuenta de que debía a mis amigos una ausencia de varios meses y que debía pagar esta deuda con rapidez, so pena de verme acosado sin cesar por aquellos acreedores officiosos: los saloncillos de los teatros, los diversos asfaltos y betunes elásticos de los bulevares me estaban prohibidos hasta nueva orden: todo lo que pude obtener fue un plazo de tres o cuatro días, y el 5 de mayo de 1840 comencé a librar a mi patria de mi presencia inoportuna encaramándome al coche de Burdeos.”

Un buen escritor este Gautier que acabamos de leer gracias a la traducción que del *Voyage en Espagne* hizo Jaime Pomar: un hombre de estilo rápido y alegre, merecedor sin duda de la simpatía que todavía hoy le dispensan muchos lectores. Pero, calidades literarias aparte, ¿cuál fue su versión acerca de lo que se encontró nada más dejar el coche de las Landas? Pues, a juzgar por lo que escribió acerca de los pueblos fronterizos vascos, no de mucho valor: la típica versión del que sólo ve lo que tenía previsto ver. Explica Gautier:

“Las casas de Urreña y de San Juan de Luz tienen un aspecto sanguinario y bárbaro, debido a la extraña costumbre de pintar de rojo anti-guo o de sangre de toro las ventanas, las puertas y las vigas que sostienen la construcción”

El viaje a España casi no ha comenzado aún, y ya ha aparecido el toro: ya ha visto Gautier al toro que traía en su cabeza, y en una zona que no se caracteriza precisamente por sus dehesas. Y, como es natural, pronto verá todo lo demás, esa tremenda galería de pícaros, bandoleros, gitanas, abanicos, patillas, toros, toreros, bailarinas, maritornes, mendigos y, en fin, todo lo que él imaginó en su apartamento de París leyendo a Cervantes, Quevedo, Victor Hugo y otros. Esa será su versión, su imagen, el único pez que atrapará con su tan deformada red; vaya por donde vaya, mire lo que mire. ¿Qué es, por ejemplo, lo que ve al pasar por Irún? Pues nada, un pueblo andaluz.

“Irún no se parece en nada a un pueblo francés. Los tejados de sus casas se abren en abanico: las tejas, alternativamente convexas y cóncavas, forman una especie de dentado de un aspecto extraño y morisco (...), aparte de esto, no busquéis allí tintes pardos, los tonos de hollín y de pipa vieja que un pintor podría esperar, todo está blanqueado con cal, según el estilo árabe.”

Los ejemplos podrían ser muchos, y quizá no viniera mal el que yo copiará aquí lo que “le bon Théo” escribió en referencia a los puentes ibéricos en general y al puente que había sobre el Bidasoa en particular, porque resulta bastante gracioso comprobar cómo vuelve a equivocarse, cómo confunde — sin reparar en el verdor y la humedad del paisaje—, un notable y energético río vasco con un *Sequillo* cualquiera; confusión que unas páginas después recaerá sobre unos niños aficionados al trueque y el comercio, convertidos de golpe y plumazo en una cuadrilla de mendigos. Pero, a pesar de lo sabroso de estos ejemplos, los dejo de lado y paso a comentar algo que en esas primeras páginas del *Voyage* brilla mucho, muchísimo, para los que pertenecemos a esta realidad vasca.

Pues resulta que Gautier, que pasó por Oyarzun, que cenó y durmió en Astigarraga, que volvió a cenar y dormir en Vergara, que se quedó atascado en Arrasate, ese Gautier, digo, se marchó del País Vasco sin enterarse de que existía la lengua vasca, el euskera. Al contrario que Merimée —que salpicó su *Carmen* con vocablos como *jauna*, *bihotz*, *baratza* y otros—, Gautier resultó sordo. Es decir, que no es únicamente que la previsión, o la mirada, o la red, deformen; es asimismo que, como en el caso de la nova y los astrónomos, hay cosas que no se detectan, peces-realidad que en lugar de quedar atrapados en la red huyen por entre los agujeros de la malla. Gautier, atiborrado como estaba de ideología romántica, no estaba preparado para toparse con una lengua preindoeuropea, y ni un *bertsolari* pegado a su oído le hubiera sacado de sus trece.

Llegado a este punto —casi final en lo que a Gautier se refiere—, abro un paréntesis y me permito una confesión que tiene bastante que ver con lo que he ido exponiendo. Se trata de una venganza, de una perrería que yo perpetré contra “le bon Théo”, y que perpetré, no porque me hubiera sentido ofendido

por sus deformaciones de lo vasco, sino por motivos estrictamente personales, por haberse atrevido él a escribir estas líneas:

“Cruzamos sin detenernos en Tolosa, donde vimos casas adornadas con frescos y blasones gigantescos esculpidos en piedra; era día de mercado y la plaza estaba llena de asnos, mulas pintorescamente enjaezadas y *campesinos de aire singular y salvaje*.”

¡Con que ésas tenemos! — pensé al leer este párrafo que, por ser de donde soy tan gravemente injuriaba a los de mi linaje—. ¡Va a ver este petrimetre francés! —me dije a continuación, agarrando la pluma y redactando ese texto sobre el bailarín del vaso de vino que, como algunos lectores de *Obabakoak* recordarán, tanto emocionó a... Gautier—. Porque, naturalmente, a él y no a otro le fueron atribuidas —en una suerte de contraplagio—, todas y cada una de las sentidas y admirativas palabras del texto; palabras que, si alguien no lo remedia, agradeceré públicamente el día que mi libro se presente en París, “Espero estar tan atento a la realidad francesa como él lo estuvo a la vasca”, declararé impávido. Y que baje Gautier del Parnaso y, si es que puede, lo oiga. Y hecha la confesión, cierro el paréntesis y sigo hablando de miradas y versiones, pero basándome ahora en el libro de cuentos de un autor, Pío Baroja, cuyo nacimiento en 1872 coincidió con la muerte de Gautier.

Baroja era también romántico, o lo era al menos cuando escribía sobre personajes e historias del País Vasco y en el sentido que ese término tuvo para los intelectuales alemanes que, como Herder, Grimm o Schlegel, descubrieron y valoraron la sabiduría popular. Así las cosas, esa forma de pensar y sentir barojiana —que, al decir de los estudiosos, tenía mucho que ver con el disgusto que le causaba el advenimiento de la sociedad industrial—, afectó, y mucho, a su mirada, a su previsión, a su red de atrapar peces-realidad. En primer lugar, esa mirada le hacía identificar lo vasco con la sociedad marinera o rural que hablaba euskera, y en segundo lugar le impedía ver la maldad que, naturalmente, también debía de existir en esa sociedad. En compensación, esa misma mirada —amorosa, lírica, melancólica— descubría el candor y la inocencia de un mundo y de unos personajes que, ¡ay!, quizá ya no vuelvan a caminar sobre la tierra. ¿Existieron alguna vez sujetos como *Lecochandegui el Jovial* o *Elizabide el Vagabundo*? Pero, qué importa, lo que importa es que Baroja los vio, y que gracias a él muchos otros también los vieron. Yo mismo no puedo pasar por delante de un caserío sin acordarme de María Belcha, la protagonista de uno de los líricos cuentos del dueño de Itzea:

“Como te decía (el narrador le habla a la protagonista de las circunstancias en que nació), te presentaste chillando rabiosamente, y los Reyes, advertidos de tu llegada, pusieron una moneda, un duro, en la gorrita que había de cubrir tu cabeza. Quizá era el mismo que me habían dado por asistir a tu madre... ¡y ahora te escondes cuando paso, cuando paso con mi viejo caballo! ¡Ah! Pero yo también te miro ocultándome

entre los árboles; ¿sabes por qué...? Si te lo dijera te reirías... yo, el *medicuzarra*, que podría ser tu abuelo; sí es verdad, si te lo dijera te reirías.”

Basta quizá esta pequeña muestra para comprobar que Baroja tenía una versión de la realidad vasca que, sin ser más que eso, una versión, una interpretación particular, superaba en mucho a la de Gautier; y que lo superaba, sobre todo, por lo que podríamos llamar interioridad *de su mirada*. Y es que Baroja pertenecía, él mismo, a la realidad de la que hablaba, y tenía experiencias directamente relacionadas con ella; una circunstancia que hacía que sus escritos tuvieran proximidad y un muy bajo nivel de generalización. Por el contrario, las páginas de Gautier —como las de otros muchos viajeros—, están llenas de generalizaciones, de expresiones como “los puentes españoles”, “la mujer andaluza”, “el carácter de los madrileños” y otras por el estilo: una forma de nombrar que, en el peor de los casos, produce versiones turísticas de la realidad.

Vayamos ahora, para que no quepa duda de lo muy concretamente que escribía Baroja, con este pasaje que he entresacado del cuento titulado “La venta”.

“Luego, la vieja, que ve que habláis vascuence, os hace sitio junto al fuego con grandes extremos de finura, y mientras os preparan la cena y os tostáis los pies, la viejecita de la nariz ganchuda y del pañuelo atado a la cabeza, os cuenta alguna historia insustancial del tiempo de su juventud, en que ella estaba de criada en casa del rector del pueblo, hace más de cincuenta años, y con los recuerdos sonrío enseñando sus encías como las de los niños, desprovistas de dientes.

Mientras tanto, la dueña de la casa va de un lado a otro, y el patrón juega una partida de mus con otros tres en una mesa tan alta como los bancos donde se sientan; y los cuatro, graves, serios, doblan los naipes, ya de suyo grasientos y abarquillados, y los *envido* y los *quiere* se suceden acompasadamente, y se va aumentando el número de habichuelas blancas y coloradas de los dos bandos contrarios.”

Supongo que después de este segundo pasaje, ya no harán falta más ejemplos que demuestren la interioridad de Baroja y la calidad de su versión. No obstante, es obligado recordar que, en lo que a sus narraciones vascas se refiere, Baroja traducía, es decir, que representaba en castellano un mundo y unos personajes que en la vida real se expresaban en euskera. Nada que objetar, ciertamente, no al menos desde el punto de vista literario, puesto que él nunca pretendió ser el Secretario o el Notario del País Vasco o hacer una crónica de las gentes vascas, sino que se sirvió de todo el material que su experiencia —como donostiarra, como médico, como vecino de Vera de Bidasoa—, le había ido ofreciendo para hablar de sí mismo y de lo que pensaba acerca de ciertos temas

universales. Pero, con eso y con todo, sigue siendo verdad que los personajes y los escenarios que utilizaba sufrían una traducción. La pregunta es: ¿en qué medida afecta este hecho a la calidad de la versión barojiana? No lo sé, porque es muy difícil saber lo que se pierde —o se gana, que todo es posible—, en una traducción. De todas formas, quizá nos venga bien comparar los textos de “María Belcha” y “La venta” con alguno de los que figuran en el tercer libro que tengo sobre mi mesa, el ya citado *Pello Errotaren Bizitza*, el relato que una María Belcha contemporánea de Don Pío, la también antes citada Micaela Elicegui, hizo sobre la vida y los tiempos de su padre, el *bertsolari* Pello Errota. El relato fue recogido hace unos treinta años —cuando la narradora tenía casi cien—, por el magnetófono de Antonio Zavala, y publicado luego en la editorial Auspoa.

Lamentablemente, no tengo otro remedio que hacer lo mismo que Baroja. Debo traducir —por primera vez, además—, las palabras de Micaela Elicegui, contagiándolas de una exterioridad que originalmente no tuvieron. Pero creo que el texto aguanta bien la manipulación, y sigue siendo ilustrador y bellísimo. He aquí lo que la narradora cuenta acerca de los perros rabiosos:

“De todo lo que tenga que ver con perros rabiosos yo sé tanto como pueda saber cualquiera. Mi madre era de la casa de Galardi, del pueblo de Zizurkil, y allí tenía un hermano casado. Este hermano tenía tres hijos y una única hija, una niña de unos seis años. Se llamaba Anttoni.

Pues dicen que un día que la niña iba a jugar por el barrio, le salió de entre el trigo un gran perro blanco, que la echó por tierra, la olisqueó y luego por fin le hizo unos arañazos en las mejillas. Por lo que se ve, el perro no había entrado aún en su fase rabiosa, y no llegó a morderla. Cuando se fue a su casa, la niña dijo:

—Me ha salido al camino un perro muy grande, y me ha tirado al suelo. Mirad qué arañazos me ha hecho.

Pero en aquel momento no le hicieron caso.

De allí a cuatro o cinco días, siendo día de San Pedro, fiestas de Asteasu, la niña vino a comer a nuestra casa con sus padres. Vino montada en un burro.

También entonces la obligaron a contar la historia:

—Anttoni, ¿cómo era el perro? ¿Muy grande?

—Sí, era muy grande, y enteramente blanco, además. Me asustó mucho, Yo lloraba, pero me tiró al suelo y...

—¿Y cómo es que no fuiste inmediatamente a casa?

—Pues porque estaba más cerca de la casa Zubiaurretxo.

Y de allí a cuarenta días se le cumplió el plazo. ¡Dios mío! Cogía un vaso de agua y decía que en el agua veía la cabeza de un perro. Su mirada era terrible. Muy pronto comenzó a morder todo lo que pillaba. Entonces fue cuando se dieron cuenta de que el perro blanco era rabioso.

Inmediatamente, trajeron al *salutatore*: era un hombre muy pequeño, de la altura de mi padre. Se vestía con una blusa azul. Me acuerdo muy bien de cómo era.

Es algo asombroso, y sin embargo la pura verdad; si en una casa nacen siete varones seguidos, el séptimo es *salutatore*; nace con la virtud contra la rabia. Dicen que luego hay que hacerle estudiar. Todos ellos suelen tener una cruz en la lengua, unos sobre ella y otros debajo. Aquél de Albiztur la tenía encima.

Cuando el *salutatore* vio que la niña rompía y mordía todo lo que veía, dijo:

—Traed aceite.

Y aquel hombre cogió el aceite, lo hizo hervir, y justo entonces, cuando más hervía, se echó el aceite sobre la lengua. Después, fue donde la niña y le lamió todas las heridas.

Dijo entonces.

—Esta niña ya no tendrá ni dolor ni locura. No comerá, no beberá, no dormirá; morirá de esa manera, suavemente. Le he quitado todo el malestar, pero ya está vencida por la enfermedad.

Y ocurrió como él había dicho. No hacía nada malo, no sentía dolor, y se pasaba el día cantando:

*Ardoa eranda moskortzen naiz,
Pipan erreta txoratzten naiz,
Kortejatziaz lotsatzen naiz,
Nola demontre biziko naiz.*

Si bebo vino me emborracho,
Si fumo en pipa me mareo,

Cortejar me da vergüenza,
¿Cómo demontres voy a vivir así?

Yo siempre le oía esa canción.

Pero entonces sus padres pensaron en traer a un médico. Vinieron dos médicos, y no pudiendo sobrellevar la grandeza del *salutatore*, es decir, no pudiendo aceptar que aquél fuera capaz de quitar los dolores de la enfermedad, que aquél tuviera tanta virtud, pues ¿qué hicieron?

Enviaron a mi madre donde el boticario de Villabona con una receta, diciendo que de aquella medicina le dieran una cucharada grande. Mi madre solía ir mucho a la casa de la niña, porque, naturalmente, era su casa natal.

Y el boticario le habló así a mi madre:

—Señora, tenga cuidado con esta medicina.

Decía mi madre que después de haber oído ese consejo estuvo durante un buen rato en el puente de Villabona, mirando al río y pensando:

—Debería tirar esta medicina al agua. Pero, ¿qué haré cuando luego me la pidan? No me queda otro remedio que llevarla a casa.

Fue a casa de la niña y se encontró con su hermano, el padre y la niña.

—Escucha, me han dicho esto y lo otro, y he estado a punto de echar la medicina al río. Debe de ser una cosa muy peligrosa.

—Bien, en vez de la cucharada grande que nos dijeron, le daremos una cucharada pequeña.

Así lo hicieron y ¡Dios mío...! la niña se hinchó del todo y no paró de gritar hasta que se murió. Si le hubieran dado una cucharada grande, habría muerto al instante.

Nuestro tío, que no era exactamente alcalde sino regidor o algo por el estilo, empezó a hacer gestiones para castigar a aquellos médicos: que los médicos —ellos bien que se enteraron— no tenían derecho a dar veneno a las personas.

Nuestro tío decía que las cosas no iban a quedar de aquella manera, pero los médicos consiguieron tapanlo todo. Lo de siempre: las razones del pobre, humo.

Así murió la niña. Por aquel entonces sólo tenían esa hija, una niña guapa. La que ahora vive en la casa Iturralde de Zizurkil, Valentina de nombre, nació más tarde.”

He dejado que se me fuera la mano y que la cita se alargara porque me daba pena interrumpir el relato y porque, recordando unas palabras de Primo Levi —“debemos proclamar el extraño discurso de nuestros padres antes de que desaparezca de la tierra”—, he decidido obrar en consecuencia; dando publicidad a una voz que, pese al magnetófono de Antonio Zavala, tan poco se ha oído incluso en su propia tierra. Además —y éste sería el mejor motivo—, el texto no desmerece de los de Gautier y Baroja, y muestra perfectamente algo que ya he defendido antes: que cuando se habla con interioridad, sobre algo que se ha vivido, se generaliza muy poco o no se generaliza nada, que todo es concreto. Micaela Elicegui habla de la niña Anttoni, de la casa Zubiaurretxo, de lo que su madre pensó con la medicina en la mano y mirando al río de Villabona. Y es justamente esa tan concreta forma de señalar lo que otorga legitimidad a la versión, lo que le da calidad.

El que la versión sea buena no quiere decir, de ninguna manera, que sea la versión verdadera, la que, pongamos por caso, hay que colocar frente a las de Gautier o Baroja. Aparte de que *versión* y *verdadera* son palabras contradictorias, no hemos de olvidar que también la narradora de Asteasu tenía su previsión, su red, su mirada, y que esa mirada —repito lo dicho en la primera línea de este escrito—, es parte decisiva en la idea que cualquiera se hace de la Realidad. Por citar algo evidente, ella creía en ciertas leyendas, y no cabe duda de que esa creencia marcó su relato.

Es hora ya de que termine con estas historias de miradas y resultados, y lo voy a hacer volviendo a un tema que, de forma no muy ortodoxa, ya había introducido en el comienzo: la agresividad que casi siempre va unida a un término como Realidad o, siendo más concreto, a una expresión como Realidad Vasca. Pues resulta que, mientras escribía acerca de las versiones de Gautier, Baroja y Elicegui —todas ellas versiones éticas, hechas por personas que creían decir la verdad y no pretendían engañar a nadie—, venían a mi cabeza recuerdos de libros como el supuesto *Best-seller* (*Las arenas del tiempo*), de Sidney Sheldon, una narración donde se violenta todo lo violentable, desde la historia española de los últimos años hasta la propia geografía del País Vasco; o el recuerdo de bastantes artículos de prensa como los que últimamente, primavera y verano de 1991, se han publicado contra la lengua vasca para regocijo de la extrema derecha; el recuerdo, en fin, de tanto cliché, tanta desinformación, tanta matraca como hemos tenido que aguantar en todo tipo de medios.

Y resulta que uno no sabe qué hacer con tanto recuerdo. Quizá debiera apelar al buen sentido y pedir que, aun teniendo todos una gran tendencia al tópico —que no es sino una generalización agresiva—, siempre deberíamos procurar que nuestra versión fuera lo más legítima posible, lo más próxima y concreta posible. Pero la verdad es que yo no veo muchas personas dispuestas a escuchar —ni siquiera a escuchar las versiones tipo Elicegui o Baroja—. Así que no puedo exorcizar mis fantasmas y acabar este artículo con una frase optimista o de buen tono. Así que pongo punto final sin más, aquí mismo.